



El Decano Víctor Pérez destacó las cualidades académicas y humanas del profesor Igor Saavedra.

IGOR SAAVEDRA: PROFESOR EMERITO UNIVERSIDAD DE CHILE.

En un ambiente de gran emotividad y de sorpresas no contempladas en el protocolo se efectuó el martes 27 de abril la ceremonia en la cual se distinguió al doctor Igor Saavedra Gatica, con la calidad de "Profesor Emérito de la Universidad de Chile".

Este acto que se desarrolló en el Salón de Honor de la Casa Central, reunió a más de 200 personas, entre ellas a numerosos estudiantes de la Facultad, quienes a pesar de no haberlo tenido como profesor, quisieron con su presencia testimoniarle la admiración y respeto que sienten hacia el Maestro.

El Decano de la Facultad Víctor Pérez hizo la presentación del destacado científico, cuya intervención entregamos a continuación, ante las reiteradas solicitudes de nuestra comunidad universitaria.

«El Consejo Universitario, presidido por el Rector y a propuesta del Consejo de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, otorgó la distinción de Profesor Emérito de la Universidad de Chile al Profesor Dr. Igor Saavedra Gatica.

Estas cuatro líneas bastarían para presentar esta distinción. No habría que entregar la biografía del homenajeado, ni describir sus obras, ni citar la trascendencia de su labor.

Para nuestra comunidad universitaria, Profesor Emérito es más que una distinción. Es la imagen, espíritu, pasión, y sabiduría de esta Universidad. Representa una forma de entender el quehacer académico, de establecer un referente intelectual respetado por la ciudadanía, de seguir aquella voz que sirve de guía en la construcción de la institución universitaria; en fin, representa un modo de vida digna de ser emulada.

Y este es el caso de Igor. Cualquier justificación de esta distinción sería redundante o incompleta. Un alumno nuestro diría que esta distinción es algo «obvio». Y es esa misma obviedad la mejor justificación de la distinción que la Universidad de Chile hace hoy al profesor Igor Saavedra.

Pero en una ceremonia como ésta es necesario hablar sobre la obra de Igor, en su presencia, lo cual a él le molesta de sobremanera, pero que termina aceptándolo como «un accidente del trabajo». En cierto sentido no lo hacemos por él, lo hacemos por nosotros mismos y las futuras generaciones universitarias, por la reafirmación de la vigencia de su forma de entender y hacer academia en el país.

Al otorgarle la calidad de Profesor Emérito, la Universidad de Chile no sólo está distinguiendo a Igor, se está distinguiendo a sí misma al



Igor Saavedra agradece las palabras dichas por el Decano Víctor Pérez.

reconocer entre sus miembros a un Maestro de Universidad.

Para registrar este nuevo «accidente del trabajo» y aumentar la molestia del «accidentado», digamos que el Profesor Igor Saavedra Gatica es ampliamente conocido a nivel nacional e internacional por sus aportes científicos y docentes; su búsqueda continua por la excelencia académica; su dedicación como profesor de muchas generaciones de ingenieros y científicos; su insistente y convincente batalla de la necesidad de implantar el desarrollo de la investigación científica en el país; y su compromiso con la institución universitaria. Su proyección y sentido de servicio a la comunidad nacional reflejan un estilo propio -intransable- de hacer vida académica.

Destaca su labor como investigador en el área de la Física Teórica, en la cual ha logrado reconocimiento internacional. En la década del 60 desarrolló la investigación en Física en el país, formando un grupo de científicos que fueron la semilla para el florecimiento posterior de esta actividad en la universidad y el país. Notable resulta ser la temprana percepción del Profesor Saavedra en cuanto a que el desarrollo de la investigación básica y la docencia universitaria -basada en ese conocimiento- sirven de sustento y fundamento al desarrollo y la inno-

vación tecnológica.

El reconocimiento a su labor académica se ha manifestado en distinciones diversas. Destacan el Premio Nacional de Ciencia (1981), Presidente de la Academia Chilena de Ciencias (1980-1985), miembro de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo, Italia (1988), y miembro del Comité para Ciencia y Tecnología en países en Desarrollo, COSTED (1990-1993).

Su compromiso con el país se manifiesta en una serie de cargos públicos que ha servido a lo largo del tiempo. Entre los más relevantes podemos distinguir su participación como Vicepresidente de CONICYT (1967-1969); Presidente de la Comisión Nacional de Energía Atómica (1968-1970) y Presidente de FONDECYT (1983-1984); fue Presidente de la Fundación Andes donde continúa actualmente como Asesor.

La obra del Profesor Saavedra se complementa con la publicación de numerosos artículos y monografías sobre los más diversos temas en Ciencia, Tecnología y Desarrollo, entre los que destaca su libro *Ciencia y Universidad* (1979), de plena vigencia. Una expresión de su acción se observa en la participación decisiva que ha tenido en concebir y desarrollar el Museo de Ciencia y Tecnología de Santiago.

Pero Igor es mucho más que sus obras y sus cargos. Aunque todo lo anterior es válido, ello no da cuenta adecuadamente de la totalidad y complejidad de lo que Igor representa para nosotros, como ser humano y como Maestro.

El último «accidente del trabajo» que tuvo Igor, antes de éste, ocurrió en noviembre pasado en nuestra Facultad, en un acto más bien íntimo, en que nos reunimos para testimoniarle nuestro afecto y agradecimiento. En esa oportunidad y desde distintos puntos de vista los profesores José Tohá, Enrique Tirapegui, María Teresa Ruiz, Servet Martínez y el que habla, reflejamos el sentir de la Facultad. Me permitiré, hoy día, describirselos.

El profesor Enrique Tirapegui señalaba:

«Hace del orden de 30 años la investigación en física y matemáticas en Chile eran una ausencia, salvo honrosas excepciones. Esta situación ha cambiado fuertemente y en ello jugó un rol esencial una idea fuerza que impuso Igor cuando volvió de Inglaterra: la ciencia es internacional por esencia, no hay ni se trata aquí de hacer ciencia «al nivel chileno», hay un solo nivel al que hay que llegar, el mejor, y este es internacional. Si hoy en Chile tenemos investigación de primera calidad en física y matemáticas, conseguido en un tiempo muy corto, ello

se debe sobre todo a esa idea de lo que había que hacer que Igor nos impuso con su ejemplo y con la convicción que da lo que se vive.

Aprendí de Igor que hacer ciencia tiene mucho de una forma de vida en la que uno decide comprometerse en su totalidad, que hay algo de obsesión en preguntarse cómo funcionan «las cosas» y en tratar de responder, y que sin esa obsesión no se hace ciencia. Dicho de otro modo, en el accionar de un científico no existe esa separación algo esquizofrénica entre «vida del trabajo versus vida privada».

La profesora María Teresa Ruiz señaló:

«Las clases con Igor se realizaban en el Auditorio del Iddem; siempre estaba lleno, habían mucho más alumnos que los oficialmente inscritos porque alumnos de otras secciones iban a escucharlo.

El bullicio de esta multitud de jóvenes de pronto se apagaba cuando aparecía Igor, y se hacía el silencio total. Aparecía impecable, con una flor en el hojal y con su micrófono, porque nunca tuvo una voz muy fuerte. Sin embargo el silencio que se producía no es aquel de quien tiene miedo frente a alguien que le va a llamar la atención, sino un silencio expectante, como el que se produce antes de comenzar un concierto o una representación, en realidad creo que las clases de Igor tenían algo de representación. Recuerdo que a menudo durante la clase Igor nos pedía que dejáramos de tomar apuntes y nos invitaba a reflexionar, a maravillarnos con alguna paradoja, con alguna simetría, o con la simple belleza estética de una ecuación, abriendo así nuestras mentes y estimulando la imaginación. Los cursos con Igor Saavedra fueron realmente marcadores para todos quienes fuimos sus estudiantes.»

Por su parte, el profesor Servet Martínez, expresaba:

«Un momento de tensión excepcional, donde la Facultad tendría que probar que sus valores y su estilo se habían plasmado internamente, hasta alcanzar el estado de ser irrenunciable, se produjo en el 85. Año del terremoto del 3 de marzo, las edificaciones de la Facultad resultaron con daños estructurales, el comienzo de clases se postergó y hacia fines de abril la Casa Central intervino la Facultad. Qué significaba intervenirla? El no respetar reglas tácitas entre la Facultad y la Casa Central, en esa época

ca en que nada era explícito. Muchos pensaron que lo que correspondía era que el Consejo de Facultad renunciara como acto moral, pero lo que éste hizo fue incorporar a Igor en uno de los puestos del Consejo que correspondía a profesores distinguidos de la Facultad. Desde ese momento asistimos a una de las más inteligentes, definitivas y hermosas luchas por la defensa de los valores de Facultad. Las armas de Igor y de su invención, el «shadow cabinet», no fueron otras que el sistema de jerarquías de Facultad y el respeto a sus tradicionales normas de convivencia. En esos momentos estábamos bajo Estado de Sitio y fuera de la Facultad estábamos solos, a lo más en los foros universitarios nos daban un pésame cómplice y condescendiente, «ahora les toca a Uds.» nos decían. Nunca estuvimos más solos ni nunca más fuertes en nuestros valores que en esos momentos. Y eso recorrió al conjunto de nuestra comunidad, a cada uno de nosotros y a nuestro colectivo, habíamos comprendido que lo que se había construido era algo delicado, único para la Universidad y el país, y que su carrera académica, su seriedad, su trabajo, sus normas, su estilo, habían que defenderlos con caminos acordes a esos valores. Al final el rector militar terminó con la intervención y la Facultad fue inflexible en su triunfo.»

Personalmente considero que esta distinción a Igor no podía ser más oportuna, ya que se produce en momentos de debates acerca de lo que deben ser las universidades, a cómo ellas deben realizar su quehacer, a las políticas que deben guiar el desarrollo de la ciencia en el país, a los instrumentos puestos a disposición de la comunidad académica para su labor, a la forma de asignar los recursos al sistema.

¿Y qué estamos viendo? Que los actuales son tiempos de desorden y de improvisación conceptual e instrumental en materias de política universitaria y de desarrollo científico en el país; de una falta de profesionalismo y de oficio de muchos de los actores que dictan -o que quisieran dictar- las reglas del juego en estas materias. Tiempos en que el quehacer académico -a la manera de Igor- se ve acosado por intereses subalternos y modelos ideológicos que buscan quitarle aquello que le es básico: su libertad intelectual y su necesidad de oficio riguroso. Son tiempos en que se pretende que el colonialismo intelectual y la mediocridad académica imperen en nuestro medio, obstaculizándose y criticándose con toda impudicia nuestro derecho -como país- a ser libres e independientes intelectualmente mediante el desarrollo serio y riguroso de la ciencia y la tecnología realizada



El Rector Luis Riveros, entrega el diploma que acredita la calidad de "Profesor Emérito" a Igor Saavedra.

en nuestras universidades, al igual que de las humanidades, las ciencias sociales y el arte.

Pero, simultáneamente, son tiempos en que en muchas partes la búsqueda de la excelencia académica y la necesidad de hacer academia con rigurosidad y nivel internacional tienden a convertirse en conceptos repetidos, que si bien muchos comparten teóricamente son pocos quienes los llenan de vida; en conceptos que sólo son lugares comunes en discursos públicos carentes de las acciones y vivencias que los validen y los hagan creíbles. Situaciones, ambas, extremadamente críticas, toda vez que los mayores acosos externos al quehacer universitario tienden a socavar su credibilidad como instituciones que se autoexigen y autoregulan con medidas académicas extremadamente duras, para así legitimar las actuales políticas que tien-

den a achatar y focalizar el sistema universitario, a desacoplar sus niveles.

De aquí que algunas frases dichas por Igor, a lo largo de estos años, no sólo reflejan su pensamiento, también cobran una tremenda vigencia y actualidad.

«Volví de Inglaterra porque sentí una responsabilidad moral con el país. Yo había salido como parte de un programa que no podía traicionar, ayudado por gentes que habían confiado en mí y me habían ayudado tanto como les había sido posible, y a quienes en consecuencia no sólo debía agradecimiento, sino por sobre todo lealtad».

«... El real problema en juego consistía en implantar una nueva actitud al interior de la

Universidad, un nuevo sentido de valores, en definitiva un nuevo modo de pensar... Más que concentrarse en los cambios de estructuras, ...Ello implica de inmediato una escala temporal inherente al proceso, y que terminan por consumir la vida útil de toda una generación, ... Paciencia, insistir e insistir una y otra vez».

«... Lo ideal es que lleguen a ser mejores que sus profesores; preparar a la gente joven para llegar tan arriba como fuera posible, es el camino del progreso, toda mi vida he hecho lo posible porque mis alumnos sean mejores que yo ... Sin la relación maestro discípulo no hay Universidad».

«Más que preguntas acerca de para qué sirven determinadas materias, quiero que los alumnos sean capaces de maravillarse frente a ellas, que aprendan a pensar, a plantearse preguntas y proporcionar respuestas, que sean capaces de desarrollar una actitud creadora intelectualmente audaz, crítica e independiente».

«Mayoritariamente, los hombres de ciencia en Chile tienen una actitud adolescente. Pienzan que basta con decir «aquí estoy yo, que tengo un doctorado importante, para que el país le de todos los recursos. Esta es una posición ingenua. El país tiene muchos problemas urgentes y, por tanto, se debe crear una conciencia social de la utilidad de la ciencia».

«Hay una falta de capacidad de la sociedad para entender el papel de los intelectuales en su propio progreso, una desconfianza intuitiva y aún un temor a la autoridad del pensamiento».

«La misión de la Universidad es doble. Si sólo se hace investigación no se es universitario. Porque hay que colaborar para formar generaciones mejores que uno».

«Las universidades valen por las personas que tienen adentro, no por las leyes. Yo nunca en mi vida he llegado a una Universidad pidiendo el reglamento, sino preguntando quién trabaja allí».

«El futuro no pertenece a aquellos que están contentos como hoy día. Pertenecerá a aquellos capaces de mezclar pasión, razón y coraje en un compromiso personal».

«Independencia intelectual significa la capacidad y el valor, como país, de plantear nuestros propios problemas y de resolverlos».



Igor Saavedra señaló que se siente un ciudadano de la república de Beaucheff.



«Me limito a vivir el presente, porque el presente es propiamente la vida».

Después de escuchar estas frases podemos decir que ahora, más que nunca, nos hacen falta más Igores Saavedra: de aquellos que van a obtener sus doctorados a universidades de élite, con contribuciones de primera clase; de aquellos que luego regresan a Chile, desechando oportunidades brillantes en centros universitarios de nivel mundial, sabiendo bien a lo que renuncian, no sabiendo bien lo que les espera, prefiriendo alcanzar sus sueños aquí, donde el camino para hacerlos realidad es más difícil, más incomprendido, más solitario, pero más hermoso; de aquellos que deciden tener su residencia en Chile, con laboratorios y bibliotecas a escala de Chile, en ambientes de trabajo, recursos y dificultades a escala de Chile y que, sin embargo, hacen destacar su labor y su obra a escala mundial; de aquellos que tienen cursos de 100 alumnos en los primeros años de ingeniería, en salas repletas de alumnos expectantes a la palabra del maestro, maravillándolos, cautivándolos, creándoles la pasión y la curiosidad por lo nuevo, por lo desafiante intelectualmente, invitándolos a reflexionar, estimulando la imaginación, marcándolos de por vida; de aquellos que llegan con su mensaje a los

jóvenes por el único camino que éstos reconocen: siendo tremendamente consistente entre lo que se piensa y se dice y lo que hace, reflejado en un modo de vida; de aquellos que abren su oficina, a quien quiera visitarlos, en cualquier momento, para responder sus inquietudes, regalándoles su recurso más preciado: su tiempo y atención; de aquellos que siguen con la luz encendida hasta bien entrada la noche, forjando discípulos, debatiendo ideas, argumentando, cambiando y soñando el mundo, entregando aún más de su ya escaso tiempo al desarrollo de otros; de aquellos que muestran, más que con palabras, con el ejemplo de su vida, por qué hay que hacer academia seria en Chile; de aquellos que participan activa y generosamente en la construcción y defensa de la institución universitaria como un continuo de docencia de pregrado y de postgrado, de investigación y creación, de difusión; de aquellos que se la juegan, públicamente, con franqueza y con rigor, por sus ideas de universidad y de cómo hacer ciencia en el país, aún a costa de pagar el precio que pagan aquellos que no son incondicionales ni obsecuentes, los que son libres de espíritu; de aquellos que crean y desarrollan iniciativas de fomento de la ciencia y de los científicos, sobre todo para los más jóvenes, sin buscar nada personal a cambio.

Estos son los Igores Saavedra que nos hacen falta, Igores completos, no medios Igores ni cuartos Igores que extraen de su mensaje y de su vivencia sólo aquello de su particular conveniencia. No nos engañemos, no sólo desde el mundo externo a la academia surgen detractores y modelos que obstaculizan la forma en que Igor nos ha enseñado a entender el hacer de la academia; a veces es nuestra propia actitud, incapacidad o intereses los que ponen obstáculos a este entendimiento. Quizás no estamos preparados aún para entender, aceptar o emular integralmente lo que Igor nos ha tratado de mostrar con su vivencia todos estos años.

Por ello es que Igor ha mostrado siempre el espíritu de los pioneros. Incisivo, punzante, siempre tratando de imponer una idea -la carrera académica es un buen ejemplo de ello-, venciendo dificultades, mostrando un camino, se diría que evangelizando a su manera, contando lo que ha creído es su verdad, con una tremenda capacidad de convencer y de arrastrar, mostrando tesón por hacer que las cosas lleguen a fin y se logre un objetivo. Con capacidad para no transar en lo esencial, con una buena dosis de intransigencia bien fundamentada.

Claramente nuestra Facultad es distinta de-

bido a Igor. Cada uno de nosotros es distinto debido a él.

Igor es el gran responsable por esa exasperante y agobiante obsesión por la excelencia académica que tenemos, y que nos empuja a tirar para arriba, siempre para arriba, y que es parte de un sello y un discurso colectivo. Y eso ha marcado a varias generaciones.

Es agobiante, es obsesión, si no la tuviéramos podríamos vivir más tranquilos, pero no, ... Tenemos que seguir siendo de esa manera, no podríamos vivir tranquilos de otro modo, no podríamos entender la Universidad de otra manera, así crecimos, así nos formaron, Igor, uno de ellos.

El profesor José Tohá decía, en noviembre pasado, refiriéndose a Igor:

«Fue mucho lo que se hizo, pero fue mucho más lo que no se hizo. Tanta idea, buenas ideas, tanta posibilidad de desarrollo, tanta actividad planteada, tanto esfuerzo desplegado. Y no se hizo. Fue una lástima para el país, de verdad lo digo, y algunos deben sentir todavía como una montaña de plomo sobre la espalda el peso de la indiferencia. Por qué no se hicieron tantas cosas? Este país podría haber caminado mucho, no estoy exagerando, dije al principio que iba a tratar de decir lo que vi, este país habría caminado mucho más rápido, mucho más ligero, habría habido un buen desarrollo científico, habría habido un notable aporte tecnológico, habría habido un mejor bienestar para todo el mundo si se hubiera escuchado un poquitito. Creo que no entendieron».

Por cierto que ha sido un período largo, en que has empujado y empujado, con la sensación de tener que hacerlo, y en que muchas veces te habrá parecido que no avanzabas, pero sí avanzaste, nos hiciste avanzar, hoy el desarrollo de la ciencia en Chile es mejor gracias a tu empuje, es cosa que mires a tu alrededor para ver lo que has contribuido a construir.

Igor, muchas gracias por estar hoy día con nosotros y en compañía de Lucía. La Universidad de Chile reconoce en tí a uno de sus grandes Maestros de Universidad, de aquellos que generan escuela, de aquellos cuyo nombre nunca desaparece de los muros de la universidad y que se mantiene vigente entre los jóvenes de las nuevas generaciones.

Para finalizar me permito repetir lo que dijo el profesor Tohá en noviembre pasado: «Es Igor: claro como el agua, agudo como un silbido, y tan bueno como el pan».



Profesor Emérito

Luego de recibir de manos del Rector Luis Riveros el Diploma que lo acredita como «Profesor Emérito», Igor Saavedra pronunció una alocución sobre:

Educación, Ciencia y Estado

«Agradezco profundamente a la Universidad mi designación como Profesor Emérito, a pesar de que, como todos los que algo me conocen bien lo saben, nunca busqué premios ni honores, y me costó mucho aceptarlos cuando me resultaron inevitables, en cuyo caso, como recordó recientemente mi Decano en un acto de la Facultad, los consideré simplemente como «accidentes del trabajo». Mi posición al respecto se fundamenta en mi convicción de que, al aceptarlos, inevitablemente se entrega a cambio un pedazo de libertad, se comienza a ser absorbido por el establishment al cual no se quiere pertenecer. Este acto de hoy, sin embargo, tiene para mí un significado completamente diferente: es el ritual que sella mi compromi-

so de toda la vida con la Universidad de Chile y muy especialmente con mi Facultad, la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. He sido y seré siempre un ciudadano de Beauchef de la «República Independiente de Beauchef». Es en ese sentido que agradezco profundamente esta distinción.

Quiero detenerme un poco en lo que acabo de señalar. La libertad siempre ha sido un valor principal en mi vida. Necesito ser libre para elaborar mis propias posiciones, mis propias ideas, en cada situación que deba enfrentar, y para plantearlas y defenderlas con la firmeza que las circunstancias requieran. No he aceptado compromisos y nunca he estado «en venta», como por ejemplo creyó hace muchos años una alta autoridad universitaria (¡elegida y no designada!), cuando me aseguró que «todo hombre tiene su precio» y me preguntó cuál era el mío, para pagarlo a cambio de que dejara de ser su opositor. Como contraparte, me he preocupado de enseñarme paulatinamente -



El Rector Luis Riveros expresó que Igor Saavedra pertenece no sólo a la Universidad de Chile, sino que al país.

Igor Saavedra

o de nuestra universidad

tarea nada fácil, por cierto - a tratar de entender las posiciones del otro, a escucharlas con respeto y sin prejuicios, y a hacerlas mías cuando intelectualmente me parecieran correctas.

Esta defensa intransable de mi libertad me ha llevado cada vez más, a lo largo de los últimos treinta y algo de años, a separarme de lo establecido, a ser un «marginal al establishment», como me he autodefinido en más de una oportunidad. Desde esta postura, puedo celebrar sin cortapisas aquello con lo que concuerdo y discrepar de la misma manera con lo que no me parece aceptable. He cuestionado invariablemente lo que se nos impone y soy incapaz de aceptar sin entender.

En consecuencia, soy un duro opositor de todos los fundamentalismos, sean éstos de carácter político, religioso o económico. De ahí mi crítica tenaz al sistema de libre mercado que se nos impuso, primero por la fuerza y que, paradójicamente, ha florecido en todo su esplendor

en los últimos diez años, al alero benevolente de esta curiosa especie de democracia en que vivimos. Pasamos sin transición del dominio de un Estado omnipotente a la adoración de un becerro deshumanizado y prepotente, que todo lo evalúa en términos de costo-beneficio y de ganancias inmediatas.

Pienso que este movimiento pendular de extremo a extremo, sin amortiguación alguna, sin posiciones intermedias capaces de conjugar armoniosamente lo mejor de cada sistema, es consecuencia directa de nuestro subdesarrollo intelectual. Afirmo que somos un país incapaz de pensar con su propia cabeza, que en lugar de generar ideas prefiere importarlas, un país con vocación de colonia que se cree independiente. Por eso nos encontramos donde nos encontramos y nos sucede lo que nos sucede.

El Chile en que mi vida activa ha transcurrido ha sido siempre un país escindido, tanto en lo político como en lo socioeconómico. En

lo político, hoy, somos una sociedad que vive en dos tiempos, como con dos relojes independientes, compatibles entre sí sólo gracias a nuestra hipocresía colectiva. Uno de estos relojes mide el tiempo actual; el otro guarda un tiempo congelado en 1973. Parecemos vivir en el primero, pero al menor estímulo se activa el segundo y resurgen los rencores y los odios que cotidianamente ocultamos.

Es cierto que la hipocresía es un ingrediente necesario y esencial para la existencia de una sociedad; sin ella, no podríamos convivir los unos con los otros. Por algo la palabra fingir y la palabra actuar provienen de la misma raíz griega. Pero la vida es, tiene que ser, más que una mala comedia permanente. Colectivamente, tenemos que aprender a no temer a la verdad, y a pronunciarla en voz alta.

Es en ese marco en que deben entenderse mis reflexiones de hoy, que estarán centradas en dos temas principales: la Educación, en es-



El grupo Naitún en el "esquinazo" ofrecido a Igor Saavedra.

pecial la enseñanza secundaria y universitaria, y el papel que en mi opinión debe desempeñar el Estado en ella.

A partir de 1990 el Estado ha colocado un fuerte énfasis en la calidad y en la equidad de la Educación.-, el llamado programa MECE.- con una importante inversión del orden de 1.400 millones de dólares. Al respecto, es necesario recordar que en estas materias no es posible obtener resultados significativos en el corto plazo. Se trata, en esencia, de una cuestión de mediano y largo plazo, de manera que hay que esperar lo necesario antes de pasar un juicio objetivo acerca de esta iniciativa que, ciertamente, constituye un esfuerzo muy loable que debemos reconocer.

No obstante lo anterior, permanecen sin resolver problemas básicos que dificultan y debilitan el progreso real de nuestro sistema educativo, y que están directamente relacionados con el fundamentalismo libre mercadista que hoy nos aflige.

Tal vez el principal de estos problemas sea el de las remuneraciones de los profesores de la Enseñanza Básica y Media, que son claramente insuficientes en su nivel actual (como también ocurre en el caso de la Universidad, por cierto). Para que alguien sea un buen educador se deben satisfacer, por lo menos, dos condiciones: una clara y definida vocación, esto es, un llamado interior a hacerlo, y el poder desempeñar el oficio elegido con una alegría que llegue y contagie a los alumnos. Creo que, en general, hoy no se cumple ninguna de ellas, ni pueden cumplirse. Nuestros jóvenes se encuentran con que tienen que integrarse a una sociedad mer-

cantilista en que lo primordial es el dinero, obtenido a cualquier costo y en el tiempo más breve posible, ya que las personas se valoran principalmente por la relativa opulencia que puedan exhibir. Nos hemos convertido en un país de tenderos, donde la libertad de hecho se restringe a la libertad de comprar. Hemos perdido los valores que caracterizaban nuestra sociedad hasta hace poco más de treinta años. En ese tiempo, vivíamos en un país solidario, donde el prójimo importaba y no era considerado a priori como enemigo, en donde imperaba la modestia y no la arrogancia.

En ese tiempo era posible para los jóvenes que egresaban de la educación secundaria dejarse guiar por su verdadera vocación cuando se trataba de elegir un oficio; ahora es imperativo que se pregunten previamente acerca de las condiciones salariales que les ofrece una determinada profesión. ¿Puede extrañar entonces que mayoritariamente hoy se ingrese a las carreras de Educación más bien por falta de posibilidades de acceder a otras que por un genuino deseo de enseñar?

Los líderes de nuestra sociedad pregonan a voces la importancia que atribuyen a la educación de los chilenos, pero parecen no darse cuenta de la contradicción evidente entre su discurso y la valoración social que el país otorga al Magisterio, evidenciada por los sueldos que perciben los maestros.

Esta situación no podrá mejorarse mientras el Estado no asuma el protagonismo que le corresponde en este tema. La Educación no es un problema de mercado, ni los estudiantes, en todos los niveles, pueden en caso alguno considerarse como «clientes». La Educación es una

materia en que el Estado tiene una responsabilidad principal, que puede delegar en terceros, por cierto, pero respecto de la cual no es admisible que asuma un papel subsidiario.

El problema de elevar la calidad de la educación en Chile pasa necesariamente por mejorar la calidad de vida de los profesores, lo que conlleva (aunque no es lo único) la necesidad de que ellos perciban sueldos dignos. Pienso que aquí se necesita un compromiso del Estado que les garantice que en un plazo razonable, por ejemplo, diez años - sus ingresos serán comparables con los de otros profesionales (médicos, ingenieros, etc.) que trabajan en el servicio público, aumentándolos anualmente hasta alcanzar el nivel acordado. Sólo así se podrá recuperar para ellos el respeto social que tuvieron en el pasado y que su noble profesión ampliamente merece.

Un segundo problema básico que permanece sin resolver es la falta de equidad de nuestro sistema educacional. En el nivel más evidente, se trata aquí de que hay escuelas de buena o muy buena calidad, pero que son accesibles sólo a los niños y jóvenes provenientes de los estratos socioeconómicos más elevados. El resto de los estudiantes, es decir, casi la totalidad de ellos, debe asistir a escuelas públicas o semipúblicas, donde la calidad de la educación que se imparte (salvo las excepciones, que las hay, pero son escasas), varía de regular a francamente mala.

Esta situación es consecuencia directa de la mala distribución del ingreso nacional, la que, a su vez, es connatural al sistema económico imperante.

En efecto, en el último informe del PNUD sobre el «Desarrollo Humano en Chile» (1998), elaborado a partir de cifras oficiales, se observa que el decil más rico del país tiene ingresos casi 30 veces superiores (29,5 es la cifra exacta) que los que percibe el 10% más pobre de los chilenos. La situación es todavía más dramática: las mismas estadísticas muestran que el decil de mayores ingresos percibe más que el 70% de la población, y que estas cifras se han mantenido constantes en los últimos 5 años.

Las consecuencias de esta pésima distribución del ingreso son evidentes y se manifiestan cada vez con más fuerza en el descontento social que hoy existe. La «mano invisible» postulada por Adam Smith que se preocupa del bien

común y que en su vulgarización chilena es la «teoría del chorreo», ha demostrado una vez más no ser sino un dogma insostenible.

En el ámbito de la educación este estado de cosas se traduce en que ella ya no es el instrumento de promoción social que tuvo Chile hasta hace poco menos de tres décadas. Al revés, la gente que tiene menos en este país está hoy atrapada en lo que podemos llamar una espiral regresiva de pobreza: el hecho de provenir de una familia de bajos ingresos hace que un niño (en general) reciba una educación deficiente y ésta, a su vez, no le permitirá en su momento acceder a un trabajo mejor remunerado que el de sus padres y, por lo tanto, será pobre y probablemente más que ellos, porque en el intertanto habrá crecido el ingreso - desde luego, más para los que tienen más, según indica el dogma- lo que a su vez se traducirá más

adelante en una mala educación de sus hijos y así, ¿ad infinitum?

Lo anterior puede tener, por cierto, algo de caricatura, pero pone de manifiesto que el problema de la equidad en el ámbito de la educación trasciende, con creces, los logros que buenamente se puede pedir a programas como el MECE. Pienso que la solución de fondo pasa por abandonar el fundamentalismo económico imperante, no todo el sistema, desde luego, porque ése es un experimento que ya se hizo y terminó en un desastre, pero sí su carácter de verdad absoluta, para darle el contenido humano del que hoy carece, para que podamos recuperar los valores que perdimos y volvamos a ser un país en que importen el dolor y las necesidades del otro y en que haya una real igualdad de oportunidades para todos.

Pero el tema de la equidad en educación contiene también otros elementos que, aunque no igualmente visibles, tienen una importancia no ignorable y un carácter de urgencia que proviene del mundo globalizado en que vivimos.

¿Qué realmente entendemos por equidad en la educación? Mi experiencia de más de cuarenta años como profesor universitario me ha enseñado que en general la equidad se entiende en el sentido que todos los alumnos son iguales, y por lo tanto deben ser sometidos al mismo proceso educacional, con el mismo nivel y con el mismo rigor (¡o ausencia de él!) para todos. Discrepo y he discrepado siempre con esta postura. Tengo al respecto una posición Orwelliana: creo que hay alumnos más iguales que otros. Con esto quiero decir que no acepto una visión «democratizante» de la equidad en educación. Mantengo, en cambio (junto a otros,





Igor Saavedra junto al grupo Naitún.

por cierto) que en este ámbito la equidad debe entenderse como una educación apropiada a los talentos de cada uno.

Es de toda evidencia que en la sala de clases el profesor debe procurar dirigirse a la mayoría de los alumnos; es decir, al promedio de sus capacidades. Pero también es claro que este procedimiento automáticamente excluye a dos grupos de alumnos que deben, o deberían, recibir una educación apropiada a sus capacidades: los con mayores dificultades de aprendizaje y los con talentos claramente superiores a los de la mayoría. En la actualidad, y así ha sido a lo largo de toda mi experiencia docente, se atiende sólo las necesidades de los primeros y se ignora las de los otros, con lo cual se termina por conseguir llevarlos a un estado de mediocridad que los frustra aún cuando ellos no puedan percibirlo. El resultado final es que se desperdicia lo que los discursos aprendidos en otros países y repetidos aquí por voces oficiales, aunque aparentemente sin entenderlos, proclaman como la riqueza natural más importante de un país con futuro: la inteligencia de sus niños y sus jóvenes, sus talentos potenciales. Somos un país intelectualmente chato que parece instintivamente querer preservar esa condición.

Este es un vacío en nuestro sistema educacional y el tema debe abordarse con urgencia. Hay una variada experiencia al respecto en países más avanzados que el nuestro que debe aprovecharse para producir soluciones a la escala nuestra y hay también acciones valiosas, siempre frutos del interés y del esfuerzo de unos pocos, que hoy se realizan regularmente en Chi-

le. Lo que falta es la decisión política de hacerlo, y el coraje para enfrentar la mediocridad del sistema. Entretanto, el país sigue desperdiciando una fracción muy significativa de su potencialidad de ser mejor en el futuro.

La llamada Prueba de Aptitud Académica (PAA) también hace un aporte importante a la falta de igualdad de oportunidades en educación, en este caso en relación con las posibilidades de ingreso a la Universidad. En efecto, los «buenos» Institutos Pre-Universitarios, es decir, aquéllos que dan un mejor entrenamiento en las técnicas adecuadas para obtener los puntajes necesarios, en general cobran aranceles fuera del alcance de los estudiantes provenientes de las familias de menores ingresos. Como consecuencia, jóvenes que tienen el talento requerido para los estudios universitarios no son admitidos y sus lugares son ocupados por otros, con menos méritos pero con más dinero. Se genera así más jóvenes frustrados, resentidos con la sociedad, y se desperdicia su capacidad de aportar a nuestro progreso colectivo.

Sin duda, hay fuertes intereses que defienden la existencia de esta prueba pero, otra vez, con un poco menos de sentido absolutista, dejando de lado algo de la arrogancia con que siempre se actúa, se podrían encontrar soluciones menos dañinas para la sociedad en general y para el sistema universitario en particular. En este sentido, expertos en el tema han propuesto, desde hace bastante tiempo, que la Prueba de Aptitud Académica deje de tener el valor de-

terminante en la admisión a la Universidad que de hecho tiene hoy día y que, además de ella, se incluya un antecedente que valore en forma adecuada el desempeño del estudiante en sus cursos de Enseñanza Media: el lugar que ocupa entre sus compañeros de promoción. Es evidente que un alumno que continuamente se encuentra en el 10% superior de su curso o liceo tiene una característica especial, un impulso interior que lo distingue. Obsérvese que lo que interesa es su lugar relativo entre sus pares, y no las calificaciones obtenidas, las que dependen de los profesores que lo calificaron y del liceo en que estudió. Este antecedente aminoraría los efectos negativos de la PAA y, de paso, revalorizaría la importancia del desempeño individual en la Enseñanza Media. Evitaría, además, el desperdicio de la educación que se imparte en ellas, como ocurre actualmente, porque obligaría a los alumnos a estudiar para ser de los mejores y elevaría en consecuencia el nivel cultural de sus egresados y por lo tanto del país. Hace más de un año que la Cámara de Diputados aprobó por unanimidad un proyecto de ley en este sentido. Es responsabilidad de este gobierno agilizar su tramitación y promulgación definitiva e introducir por esta vía una componente de equidad en el sistema de admisión a la Universidad. La pregunta que cabe formular es: ¿cuál es la causa de que no lo haya hecho hasta ahora? Dudo que esta pregunta pueda recibir una respuesta convincente.

He dejado para el final de esta exposición el tema de la Universidad, que es el que mejor conozco y al cual en gran medida he dedicado mi vida. Comienzo resumiendo mi visión global de esta Universidad, nuestra Universidad de Chile: me duele observar su estado actual. Me duele y al mismo tiempo me irrita la falta de reacción y el silencio indiferente de la mayor parte de sus académicos, su incapacidad de mirarse a sí mismos y de mirar a su entorno de modo crítico, con valentía y en voz alta, y de plantear acciones realistas para mejorar la calidad de su quehacer, tanto en docencia como en investigación. Sé bien, por cierto, que hay excepciones muy importantes a lo que acabo de señalar, y conozco desde luego la profunda reforma llevada a cabo en mi Facultad bajo el liderazgo de nuestro Decano. Pero lamento la ausencia de un proceso similar, real, no farsesco, en la totalidad de las Facultades, llevado a cabo como un proceso interno por sus propios académicos.

No se debe esperar que el proceso se inicie desde la Casa Central y sea el mismo para todas

sus estructuras académicas. La Universidad se caracteriza por su unidad dentro de su diversidad. Cada facultad tiene su propia identidad y en su interior los académicos viven todos los días sus propios problemas. ¿Qué les impide tomar las medidas necesarias para ser mejores?

Yo no creo que la cuestión de fondo sea la falta de recursos, aunque no ignoro que éste es todavía un problema pendiente. Sin embargo, para poder plantearlo con rigurosidad es necesario cuantificarlo en forma convincente para nosotros mismos. Personalmente no tengo dudas acerca de que se han derrochado y se siguen derrochando dineros que son de nuestros alumnos y del país.

En el clima altamente competitivo en que hoy se desenvuelve el sistema universitario nacional, nuestra Universidad menos que nunca puede aceptar la mediocridad en su función académica. Aunque desde luego con el mayor respeto por todas las personas, por cada individuo, la Universidad de Chile debe con urgencia sacudir sus viejos lastres, desprenderse de ellos, se refieran éstos a funciones, estructuras o nivel académico.

Desde sus inicios y hasta hace sólo unas décadas, la Universidad de Chile debió asumir funciones que bajo cualquier definición aceptable de Universidad en rigor no le correspondían; pero eran entonces otras condiciones históricas y hoy día no debe continuarse con ellas.

¿Hay alguien que con seriedad pueda asegurar al país que todo, sin excepción alguna, lo que hace esta Universidad es una tarea propiamente universitaria? Nuestra Universidad debe proponerse ser, en un plazo relativamente breve, una institución de real excelencia académica, medida por parámetros internacionales; de otra manera, se sumirá inexorablemente cada vez más en la complaciente mediocridad que hoy exhibe en muchas de sus unidades.

Pero no se trata exclusivamente de un problema de nivel académico. Hay que cambiar también la actual estructura organizacional de nuestra institución. Hay que terminar con el centralismo extremo que la rige, que reproduce el que existe en el país y se le asemeja en su ineficiencia. Pienso que la Universidad de Chile debería operar como un sistema federado, en que sus Facultades tuvieran completa autonomía administrativa y financiera y su gobierno central, indispensable para mantener su histo-

ria de más de 150 años, se restringiera a tareas de coordinación, presidiera la distribución anual del presupuesto y controlara a posteriori su ejercicio, otorgara los títulos y grados y ejerciera la importante tarea de representar públicamente a la Universidad, en especial en su relación con otros organismos académicos, financieros o de otro tipo, tanto del país como del exterior. La institución universitaria contemporánea es demasiado compleja como para que un poder central pueda responsabilizarse por la excelencia individual de sus diversas unidades.

Debe además terminarse con la expoliación sistemática de los recursos de las Facultades mayores, que ellas obtienen gracias a su propia capacidad y prestigio, como ocurrió durante la pasada administración. Por supuesto que no me opongo a que se les pida una contribución razonable como aporte interno a las Facultades de menores ingresos que exhiban una excelencia académica que lo amerite, pero recortes presupuestarios superiores al 40%, como ha ocurrido en todos estos últimos años, me parecen francamente inaceptables. Al respecto, es necesario resaltar que se ha llegado a atropellar la legalidad vigente, reteniendo en la Casa Central fondos correspondientes a los aranceles de los alumnos, esto es, la fracción que ellos cancelan del costo real de sus estudios. ¿Cómo se puede mejorar la calidad de la educación que se les imparte si alguien se queda con el dinero que pagaron para ello? Y lo mismo ha ocurrido en el caso de la investigación y los recursos que se han ganado en los concursos públicos respectivos. Si la tarea que se propuso la administración anterior de la Universidad fue desalentar la búsqueda de excelencia y por lo tanto incentivar la mediocridad académica, ciertamente hizo lo que pudo para lograrlo. Pienso que todos esperamos que la actual administración corrija esta situación inadmisible. Es mi esperanza, Señor Rector, que esta vez no seamos nuevamente defraudados.

Termino con algunos comentarios de índole más general y que se refieren a la responsabilidad que le cabe al Estado en cuanto al sistema universitario nacional.

De acuerdo al informe del PNUD que cité con anterioridad, en el año 1996 había en Chile un total de 93 universidades, es decir, más de 10 veces que las que existían en 1981, cuando el gobierno cambió drásticamente el sistema. Sería un infantilismo creer que todas ellas cumplen con las mínimas condiciones de calidad

(académica y aún de infraestructura) que permitan considerarlas como entidades universitarias válidas, lo que constituye una verdadera estafa, legal por cierto, a los alumnos que acuden a ellas en busca de un título profesional. El Estado, entretanto, posesionado de su rol subsidario, espera que, en algún momento, el mercado regulará la situación, para lo cual es necesario, por cierto, que egresen varias generaciones de jóvenes que descubran, cuando ya sea demasiado tarde, que los han engañado y además, despojados, no sólo de la pequeña fortuna (grande para una buena parte de ellos) que pagaron por sus estudios, sino también y más grave, de las esperanzas de ellos y de sus familias de tener un futuro más digno.

Me parece que hay en esta materia una enorme irresponsabilidad del Estado y de sus autoridades. Ningún fundamentalismo puede justificar que se juegue con las esperanzas de las personas.

Existe también una enorme falta de equidad en el sistema universitario, en especial en lo que se refiere al ingreso a la Universidad. El mismo informe del PNUD señala que dos tercios de los padres de hijos que estudian en colegios particulares pagados están seguros de que continuarán sus estudios en la Universidad, y lo tanto podrán acceder a posiciones privilegiadas en nuestra sociedad; en cambio, sólo un tercio de los que tienen sus hijos en colegios particulares subvencionados piensan lo mismo, y apenas un cuarto del total cuyos hijos estudian en liceos municipales comparte esa opinión. Considerando que sólo el 8% de los establecimientos educacionales del país son particulares pagados, estos antecedentes rubrican la casi absoluta falta de equidad en la educación que existe hoy en Chile. ¿Cuánto talento se pierde en el país, y en consecuencia cuánta riqueza potencial para su propio futuro, por esta insistencia verdaderamente patológica en negar al Estado su indispensable protagonismo en Educación! Este grado de insensatez sólo sería comparable al que tendría el pretender privatizar las Fuerzas Armadas con el objetivo de maximizar su eficiencia.

Una situación similar ocurre en el caso de la investigación científica, la que se hace mayoritariamente al interior de unas pocas universidades. Muchos de los mejores investigadores envejecen sin contribuir a formar las necesarias generaciones de reemplazo, porque el sistema los ha convertido en una suerte de

«microempresarios», que sólo tienen tiempo para redactar «papers», para postular a «grants» y para escribir informes, y para quienes el enseñar a los jóvenes, en especial a los de pregrado, no resulta un asunto rentable. Por otra parte, los jóvenes de mayor talento se ven forzados a elegir entre abandonar su vocación científica para seguir carreras profesionales que les garanticen el futuro socioeconómico al que tienen derecho a aspirar, o a abandonar el país, ya que el Estado no demuestra interés en retenerlos. Los sueldos de los profesores universitarios son, además, demasiado bajos como para atraerlos.

Por otra parte, no existe de hecho una institucionalidad científica que le de coherencia al sistema, a pesar de que eso fue explícitamente señalado como una carencia grave por una comisión internacional que vino a estudiar esta materia a petición expresa del Presidente de la República. El anuncio reciente de la creación de los «Institutos Milenio» expone con claridad lo que digo: el organismo del Estado encargado de la investigación científico-tecnológica, CONICYT, no fue siquiera informado (ni mucho menos consultado) al respecto; la nueva institución fue radicada en el Ministerio de Planificación, que no tiene experiencia alguna en estas materias, y no en el de Educación, como habría sido natural hacerlo; todo se hizo de espaldas a la comunidad científica organizada, en un acto de enorme prepotencia. En estas condiciones hay que preguntarse: ¿cuál, si alguna, es la posición oficial del gobierno respecto de la ciencia? ¿En qué clase de sistema democrático y participativo vivimos, si las comunidades organizadas -en este caso la de los científicos- deben enterarse por los diarios de decisiones que directamente los afectan?

Me temo que, otra vez, estas preguntas quedarán sin respuesta. La postura oficial parece ser la de no dar la cara, de decir algo y estar en realidad haciendo otra cosa.

Sin embargo, a pesar de todo, pienso que hay que seguir insistiendo en el valor de la ciencia para cualquier país que aspire a tener una verdadera independencia, a pensar con su propia cabeza, a imaginar su futuro y construirlo; en suma, a ser un país verdaderamente libre y respetuoso de sí mismo. Para mí puede ser ya demasiado tarde, pero seguiré insistiendo. Pero la tarea es ahora de los más jóvenes; estoy seguro que ellos tendrán más éxito que el que tuvimos nosotros.



Estudiantes de diversas especialidades de la Facultad brindaron un cálido homenaje al maestro Igor Saavedra.

Al finalizar la ceremonia de homenaje a Igor Saavedra, el Rector Luis Riveros, destacó las cualidades humanas, académicas y el espíritu de servicio que lo han caracterizado y que lo han hecho merecedor a la distinción otorgada por la Coporación al entregarle la calidad de «Profesor Emérito».

Al iniciar sus palabras indicó que: «Este homenaje a Igor Saavedra trasciende en forma sustantiva a la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, que en forma tan justa reclama su debida prioridad, basada en su pertenencia efectiva y sentimental. Y no es inexacto ni indebido, el Profesor Igor Saavedra exhibe un impresionante récord de servicios distinguidos a su Facultad, en todos los terrenos posibles de concebir en los ámbitos de la docencia, la investigación y la extensión. Se transformó en un referente obligado en materias de excelencia académica, y su palabra siempre ha sido escuchada como la del «mayor de la Casa», cuya opinión trasciende rotunda no por el peso de autoridad administrativa alguna, sino por el peso de su estatura moral y académica, de su ejemplo de vida, de su estilo franco y su pensamiento profundo. Sin ninguna duda, él es un hombre de Beucheff, donde ha entregado siempre lo mejor de sí para los jóvenes, las nuevas generaciones de ingenieros y de académicos, tanto como para sus propios colegas que han siempre encontrado en él la guía, el ejemplo, la trascendencia personal que les ha ayudado a formular mejor sus propias apreciaciones y fórmulas de trabajo.

El Rector Riveros, indicó más adelante que Igor Saavedra es más que un académico de la Universidad de Chile. Pertenece a Chile, dijo. «Muchas veces ha ido más allá de lo que estrictamente se puede definir como sus intereses académicos en sentido estricto. «Es un hombre que ha pensado en el país y en sus problemas. Ha aportado, ha querido dejar una huella». Finalizó señalando «Le hacemos Profesor Emérito nuestro no tanto porque de alguna manera él necesite que manifestemos formalmente el respeto y el cariño que sabe le profesamos. Lo hacemos más bien para que siga vinculado a nosotros, para que nunca se separe de nosotros, para así evitar el temor de no sentir su presencia académica sólida y trascendente junto a nosotros».

Posteriormente, hubo un hecho fuera de protocolo, lo que sorprendió gratamente a Igor Saavedra y a los asistentes. Se trataba de un «esquinazo», que el Grupo Naitún, integrado por estudiantes de Ingeniería, le ofrecieron en representación de todos los alumnos de Beucheff, para así testimoniarle la admiración, respeto y cariño, que despierta en los jóvenes por sus cualidades, entre ellas, la integridad, la generosidad y su espíritu luchador incansable en pos del desarrollo de la investigación científica en el país, que es vital para el bienestar e independencia cultural de la sociedad chilena. Una vez finalizado el «esquinazo», se exhibió el video clips, que sobre Igor Saavedra realizó la Facultad.